

Primer centenario de la muerte de

CARLOS V



10 - III - 1855



10 - III - 1955

INMORTALIDAD

Que la conmemoración de nuestros mártires no se limite a satisfacer una necesidad del corazón y una deuda de gratitud.

Sirvan las sagradas memorias de los que en nuestros tiempos han sucumbido luchando heroicamente, primero contra el Capitán del siglo y después por los fueros de Dios, del Rey y de la Patria para mantener el verdadero amor a España en los que hoy pelean y mueren en la lucha bajo la bandera que simboliza uno de nuestros ideales. Y su recuerdo infunda en todos nosotros, los que aspiramos a continuar su obra, la fe y la resolución de proseguirla hasta el fin, ofreciéndonos como ellos, cuando el caso se presente, a la muerte, lo mismo si hemos de arrostrarla a los campos de batalla, que en las tristezas de la miseria o del ostracismo.

CARLOS

Palacio Loredán, 1896

(Autógrafo de Carlos VII en la primera celebración de la Fiesta de los Mártires)

PRECISIONES

«Los Carlistas sirven el Ideal inviolablemente. Ni suele impresionarles la dialéctica del sofisma, ni atraerles el imán del halago, ni arredarles el temor de las persecuciones.» *El pensamiento carlista*, 1940, pág. 14.

España, la España actual, necesitaba el aldabonazo de Trieste para librarse de las opiniones prefabricadas, de las emisiones dirigidas y de los periódicos orientados, que, si no convencen, indudablemente disminuyen, cuando no anulan, la capacidad crítica de los ciudadanos.

Insistente, hoy, se habla de «monarquía tradicional», pero sólo se publican fotografías y reportajes de los infantes isabelinos. Se escriben glosas elocuentes a la «legitimidad de ejercicio», con olvido de que la misma no es más que una condición perfeccionadora de la siempre necesaria legitimidad de origen. Se rebaja la dignidad de la Corona, hasta prever un concurso entre príncipes. Se tacha de extranjero al hombre que, en 1936, actuando como el verdadero Rey, levanta el ejército de España, le da su bandera y la orden de atacar. Y, por si no fuera bastante, se excluye de la Cruzada a sus verdaderos inspiradores, a los jefes de los heroicos «requetés».

Tanta confusión, voluntaria o no, requería una aclaración. El País necesita una respuesta clara, rotunda, que no suscitará dudas, ni permitiera interpretaciones. Y esa aclaración, esa respuesta, el Carlismo las ha dado nuevamente. El Rey, en Trieste, rodeado de sus leales, que representaban a todo el Pueblo español, y ante los restos de nuestros primeros Señores, ha recordado que sus derechos al Trono son superiores a la voluntad privada, que le obligan en conciencia y que por él y por sus descendientes, aunque sean una cruz, son irrenunciables, y que su deber le impone el procurar, por todos los medios y constantemente, el triunfo de la Causa que personifica.

Una tan diáfana posición, ha producido sus desilusiones. Desencanto en los mangoneadores de la política, que creían que jugando el espejuelo de la monarquía tradicional, podrían sentar en el Trono de los Felipes, a un miembro de la Dinastía liberal, que les permitiría seguir en sus actuales pribendas, además de prestigiarles y absolverles de sus errores precedentes, pues para ello repudian al Rey, cuya rectitud moral les es sobradamente conocida. Incomodidad,

en los que pretendiendo eternizar sobre nuestro suelo un régimen antinatural, de raíz liberal y socialista, inventaron una Ley de Sucesión, que ha desautorizado totalmente el digno gesto de Don Javier.

También los monárquicos sin Rey, los nuevos teóricos de la más romántica de las entelequias, han visto su juego quebrado y expuesta, a la vista de todos, su ingenuidad. Para ellos dictó Taillerand aquello de: en política son peores las ingenuidades que los crímenes.

En cambio, ¡qué satisfacción entre los Carlistas! Aunque sabíamos que el acto de Barcelona era definitivo, la constante oposición, la sistemática voluntad de desconocerlo, nos preocupaba. Hoy, repetimos para quien quiera oírlo, después no admitiremos ignorancias, que Don Javier, el Rey español, servirá insobornablemente a la Patria, y que nadie, ni el más iluso, puede esperar o suponer la menor quebra en esa línea de servicio. No se pactará con la Revolución, sea azul o roja, ni con el Liberalismo, aunque se disfraze con la sagrada boina. Queda claro?

La Nación también ha visto con alegría a su Rey, que señala objetivos concretos a realizar; que afirma su adhesión al único sistema político que su ser natural admite; que le recuerda que la Monarquía será templada y federal, que los hombres y las clases recibirán de nuevo la autonomía de que fueron privados y las regiones toda la independencia a que tienen derecho, y le augura, contra la tragedia de siglo y medio de revoluciones, una era de estabilidad, de honestidad social y de libertad legítima.

España está dispuesta a escuchar al Carlismo. Ya no ve a sus jefes, en el reino de utopía, pues gracias al Rey, la serenidad de su doctrina y la ecuanimidad de sus instituciones ha trascendido. Ya no se oye: ¡qué programa!, ¡qué ideal!, ¡pero es imposible!, hoy resuena un formidable: ¡sólo existe el Carlismo!, y tienen razón.

Los hombres honrados nos felicitamos por el acto de Trieste. Los unos, porque hemos oído dirigido a la Nación, lo que sabiendo, no decíamos. Otros, porque se ven recibidos nuevamente y admitidos con todos los honores a la obra común. Los más, porque su legítimo deseo de justicia y paz, podrán verlo satisfecho. Y todos, porque queremos que nos guste España, y allí, a dos mil kilómetros de nuestra Patria, en el Escorial carlista, mucho se avanzó para conseguirlo. Los traidores y los imbéciles seguirán combatiéndonos, contestándonos como el altivo castellano: ¿ladran?, luego cabalgamos. La bandera está en buenas manos y nadie la rendirá.

¡VIVA DON JAVIER!

A cien años de la muerte de Carlos V

Nota de la Redacción: Las Agencias internacionales y los grandes periódicos se han ocupado del acto de Trieste. Entre las varias crónicas de que disponemos, hemos preferido traducir una de las publicadas por «IL PICCOLO», de Trieste; la del día 11 del corriente marzo. El lector deberá subsanar los posibles errores de redacción derivados de haber querido mantener la traducción, en lo que cabe, fiel al original del cronista italiano.

«El centenario de la muerte de Don Carlos V, primero de los Reyes carlistas de España fallecido en el exilio de Trieste, fué, ayer por la mañana, solemnemente recordado con una doble ceremonia, en el cementerio de Santa Ana y en la Catedral de San Justo. Hallábanse presentes los más representativos «carlistas», llegados de las diversas regiones españolas, con el príncipe Javier de Borbón (hijo del Duque Roberto de Parma y legítimo pretendiente carlista al trono de España), Don M. F. C., jefe delegado de la Comunión tradicionalista y generalísimo de las tropas carlistas en la última guerra y un centenar más, la mayor parte de los cuales llevaban la tradicional boina roja de la guerra civil española.

A las nueve y cuarto (de la mañana) el príncipe Javier de Borbón y los representantes carlistas han asistido a la

inauguración de un mausoleo últimamente reconstruido, en el que reposan veinticinco restos de generales, chamberlanes y gentiles-hombres de aquella corte que vivía desterrada en nuestra ciudad. En la ceremonia se hallaba también presente el Alcalde, ing. sr. Bartoli.

A las diez y media, en la Catedral de San Justo, se ha celebrado un solemne funeral, oficiado por el párroco de aquélla Msgr. Drius. Los representantes de la Monarquía española, a su entrada en la Seo fueron recibidos por el Dr. de Inconterra, representante de la familia real de España en Trieste, desde 1927. El Ayuntamiento se hallaba representado por el Consejero sr. Vernier. La ceremonia religiosa se celebró en el altar mayor, y en la capilla de San Carlos fueron expuestos los preciosos ornamentos sacerdotales, regalados en 1912 por la Duquesa de Madrid Doña María Berta, (segunda esposa de Don Carlos VII) a la Catedral. Sobre el catafalco, erigido en el centro de la iglesia, lucía el histórico collar de la Orden del Espíritu Santo, que pertenece a los soberanos españoles desde Carlos III en adelante y que hoy custodia el príncipe de Borbón Parma. Al funeral asistieron el Príncipe Javier de Borbón Parma, al que Don Alfonso Carlos, muerto en Viena en 1936, transmitió el título de pretendiente al trono español — y un centenar de carlistas con su jefe el abogado D. M. F. C. de Sevilla (siguen los nombres de los miembros de la Junta Nacional asistentes).

Después de la ceremonia los congregados han visitado los lugares que recuerdan la residencia triestina de los

príncipes carlistas en el destierro. En Trieste, a donde se retiró en 1845, al término de la guerra carlista y de las sucesivas luchas dinásticas, Don Carlos V creó una verdadera corte española, transformando en «palacio real» el edificio de la calle del Hospital Viejo, núm. 24. En la capilla de la Catedral, llamada el «Escorial carlista», están enterrados nueve príncipes de Borbón: Don Carlos V, conde de Molina y sus esposas, María Teresa y María Francisca de Braganza; Don Carlos VI, conde de Montemolín, muerto en 1861; Don Juan III, conde de Mortizón, muerto en 1867, y Don Carlos VII, duque de Madrid, muerto en 1909.

El príncipe Javier de Borbón y su séquito abandonaron Trieste a las primeras horas de la tarde.

Para completar esta crónica señalaremos que en el día anterior, fueron recibidos los expedicionarios por el Alcalde y el Sr. Obispo de la Ciudad.

No pudo asistir toda la Familia Real a las importantes ceremonias por estar pendientes de la intervención sufrida por la persona del Infante Don Sixto, sin garantías de éxito al decir de los doctores. Al publicarse esta nota, a Dios gracias, parece estar el inminente peligro casi superado.

EN EL PRINCIPADO

Las principales localidades de nuestra Región han conmemorado solemnemente el día de los Mártires de la Tradición, con gran asistencia de carlistas unidos todos en la lealtad a nuestros sacerdostales Ideales.

S. M. EL REY

A LOS CARLISTAS

En este día en que se cumple el centenario de la muerte de mi antecesor Carlos V, quiero recordar con vosotros, mis queridos Carlistas, la memoria del gran Rey Español que tan digna y sacrificadamente supo defender los principios de la Tradición Española.

La energética entereza de este Rey, religioso y patriota, y de la que tan gallarda muestra dió al negarse a renunciar sus derechos a la Corona de España, cuando ya su padre y su hermano Fernando habían cedido ante Napoleón, le llevó después en insobornable lealtad a su conciencia y en estricto sentido al verdadero ser de la Monarquía Católica Tradicional a defender tenazmente esos mismos derechos, que en él recaían legítimamente a la muerte de su hermano Fernando VII.

Con este gesto legitimista se inició en 1833, lo que bien puede llamarse la gloriosa epopeya Carlista. Pero es sabido que si esta epopeya ha tenido un aspecto dinástico, éste no ha sido exclusivo; por el contrario, fué lo principal la defensa de los principios de la Tradición Española esencia medular de la centenaria lucha mantenida por el Carlismo.

A la muerte de Fernando VII, no se pretendió únicamente impedir el acceso al trono a su legítimo heredero, Carlos M.^a Isidro, sino, muy principalmente, desvirtuar el carácter de la Monarquía Española, para convertirla en un régimen que permitiera la consolidación en España de la revolución racionalista y deschristianizadora. Y por eso fué, y no por otra cosa, por lo que las camarillas y los políticos racionalistas, masones y revolucionarios, apoyaron la subida al trono de la Infanta Isabel, ya que todos ellos sabían perfectamente que el Infante Don Carlos M.^a Isidro, de recias convicciones católicas y extraordinaria rectitud y temple de alma, no sólo no era instrumento manejable para sus turbias maniobras, sino, por el contrario, inequebrantable defensor de los principios católicos y tradicionales.

He aquí lo que España ha de agradecer eternamente a Carlos V: haber sido el esforzado mantenedor del verdadero concepto de la Monarquía y haber hecho posible, con su sacrificio y su perseverancia, que este concepto no se haya perdido, pues mantenido por él y por sus sucesores, es todavía doctrina segura y viva que puede presentarse como solución por España.

¿Qué otro sistema no siendo la Monarquía Tradicional, católica, templada y representativa, puede ofrecer la libertad tal cual Dios la quiere o el ideal del Derecho natural como base de la organización del Estado?

LA MONARQUÍA TRADICIONAL, FRUTO DEL PACTO HISTÓRICO PERMANENTE ENTRE LA DINASTÍA Y LA NACIÓN, ES EN EFECTO EL REGIMEN ESTABLE QUE ASEGURA EL ORDEN JERÁRQUICO DE LA SOCIEDAD SIN PARTIDOS ÚNICOS O VARIOS, INTERPUESTOS Y DISOCIADORES; EL SISTEMA QUE CONJUGA LA AUTORIDAD Y LAS LIBERTADES, SIN ABUSO DE AQUELLA Y CON PLENO Y EFICAZ DESARROLLO DE ESTAS; LA GARANTÍA DE QUE LA SOCIEDAD ACTUE DE MANERA PERMANENTE POR MEDIO DE SU LEGITIMA Y AUTÉNTICA REPRESENTACIÓN.

La Monarquía Tradicional es, en fin, base de la paz, porque con ella no caben los Estados nacionalistas centralistas y dominadores, reconcentrados en sus fines excluyentes con olvido de su misión Universal, que han venido produciendo con su contrapeso de alianzas y contralanzas, el ambiente de recelo y hostilidad que rompió la solidaridad entre los pueblos y aun hoy amenaza con disociar esta Europa que tanto necesitaría reforzar sus ideales comunes y echar al

olvido las rivalidades que separan las diversas naciones cristianas.

Si España no hubiera torcido sus rumbos y hubiera, por el contrario, seguido la senda que le marcaba Carlos V, otro sería su destino, y quizás el de Europa entera, que habría tenido en ella un modelo en el que buscar en el revuelto siglo XIX, el orden que por otros medios creía encontrar siempre y siempre se le escapaba de las manos. Aun hoy puede España volver a ser para Europa ejemplo de fraternal amistad y convivencia, porque Europa espera todavía el despertar de su propia conciencia.

POR ESO, AL COÑMEMORAR CON VOSOTROS EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE CARLOS V, COMO SUCESOR SUYO Y DE LOS DEMAS REYES LEGITIMOS Y HEREDERO DE LOS DERECHOS, DEBERES E IDEALES, LOS MISMOS QUE LOS LLEVAN A TODOS LOS SACRIFICIOS, QUIERO EXHORTAROS, MIS FIELES CARLISTAS, A CONTINUAR PERSEVERANDO EN SU DEFENSA, SERENOS Y CONFIADOS, EN LA SEGURIDAD DE QUE, LA DIVINA PROVIDENCIA, HA DE PERMITIRNOS LLEVAR A CABO LA SAGRADA MISIÓN DE SALVAR A ESPAÑA, TAREA QUE AQUEL GRAN REY INICIO FRENTE A LA REVOLUCIÓN, Y A LA QUE NOSOTROS SEGUIMOS CONSAGRADOS.

MAS DE UN SIGLO DE LUCHA EN LA QUE SE HAN IDO AGOTANDO UNA A UNA TODAS LAS FALSAS SOLUCIONES QUE SE HAN INTENTADO, NOS PERMITE ESPERARLO ASÍ. EL PRODIGIO DE NUESTRA SUPERVIVENCIA ES LA MEJOR PRUEBA DE QUE SERVIMOS UNA CAUSA JUSTA; Y QUE ESTA ES LA CAUSA DE LA AUTÉNTICA ESPAÑA, LO DEMUESTRA EL HECHO NOTORIO DE QUE EN TODAS LAS GRANDES AFLICCIONES DE LA PATRIA HAN SIDO NUESTRA BANDERA Y HAN SIDO NUESTRAS BOINAS LA SEGURA REFERENCIA PARA LA UNIÓN DE TODOS LOS BUENOS ESPAÑOLES DEPONIENDO PARTICULARISMOS DISOLVENTES Y VIENDOSE ARRASTRADAS POR EL HEROISMO DE NUESTRAS MASAS, LAS DEL MAS ALECCIONADOR EJEMPLO DE CONSTANCIA POLÍTICA, ESE NOBLE PUEBLO CARLISTA, POR TODOS SOLICITADO Y SOLO POR LOS REYES LEGITIMOS CONSERVADO EN SU PERENNE LEALTAD.

SOLO EN LA FIDELIDAD AL SIGNIFICADO DOCTRINAL DE CARLOS V, QUE ES CIENCIA POLÍTICA EN NUESTROS PENSADORES Y NOBILISIMO SENTIMENTO EN LA LEALTAD DE LAS MASAS CARLISTAS, PUEDE FUNDARSE LA MONARQUÍA TRADICIONAL, CUYO SERVICIO ES UN GRAVE DEBER DE MI CONCIENCIA AL PROPIO TIEMPO QUE UN DERECHOMIO Y DE MIS SUCESORES AGNADOS, POR LOS MISMOS INDECLINABLES PRINCIPIOS DINASTICOS QUE INSPIRARON LA GLORIOSA GESTA DEL MEJOR ESPAÑOL, EL REY, CUYOS RESTOS, AQUI, EN EL DESTIERRO DE LA AMADA PATRIA, MANTIENEN VIVA LA HEROICA PROTESTA CONTRA LA REVOLUCIÓN ANTIESPAÑOLA, Y CUYA VOZ CONSERVA SU ECO EN VUESTROS NOBLES CORAZONES.

Trieste, 10 de Marzo de 1955

JAVIER

Contra el extranjerismo que se me atribuye, quiero que respondáis con nuestra política, demostrando que soy el portador de las únicas soluciones españolas.

(Carta de S. M. al Eemo. Jefe Regional Navarro)

A LA JUNTA REGIONAL DE CATALUÑA

Milán, 11 de Marzo 1955

Exmo. Señor Don ...

Barcelona

Querido ... y queridos miembros de la Junta Regional del Principado de Cataluña.

Con mucho gusto he leído vuestro escrito del 6 de Marzo y comparto vuestro disgusto y vuestra preocupación.

Malograda la victoria porque no condujo a un Régimen Nacional, bien claro se ve la pretensión de asegurar para el futuro la continuación de este vacío de instituciones, de principios y soluciones políticas. Y también han quedado manifiestas la repulsa que se hace de nuestra gloriosa Comunión, y la incompatibilidad de la Monarquía que se dice

procurar para el porvenir, con las esencias verdaderamente tradicionalistas de la bandera que enarbó el mejor Español, mi antecesor Carlos V, en Trieste enterrado; y al que habrá que entender que también declaran extranjero los que hacen este monopolio del patriotismo.

Mucho agradezco vuestra lealtad y vuestros trabajos y jamás olvidaré que con ocasión del Congreso Eucarístico de Barcelona decidí declarar para mí y para mi hijo los derechos a las coronas de la gran Monarquía Católica, templada y foral, verdaderamente federativa que es la del glorioso pasado histórico y la única auténtica de España.

Mi plena confianza en vuestra labor.

Quedo vuestro afectísimo,

JAVIER

D. CARLOS MARÍA ISIDRO DE BORBÓN Y BORBÓN CARLOS V (Conde de Molina)

PRIMER REY DE LA DINASTÍA LEGITIMA

Nació Don Carlos María Isidro de Borbón en el Real Palacio de Madrid, el día 28 de Marzo de 1788. Era hijo segundo del Rey Don Carlos IV (quien a la sazón era príncipe de Asturias), siendo su padrino de bautismo su abuelo el Rey Don Carlos III.

Prisionero de Napoleón cuando la Guerra de la Independencia, (como toda la familia real), fué Don Carlos el único que no consintió en renunciar a los derechos a la corona de España.

Los desórdenes del período constitucional fijaron para siempre el carácter

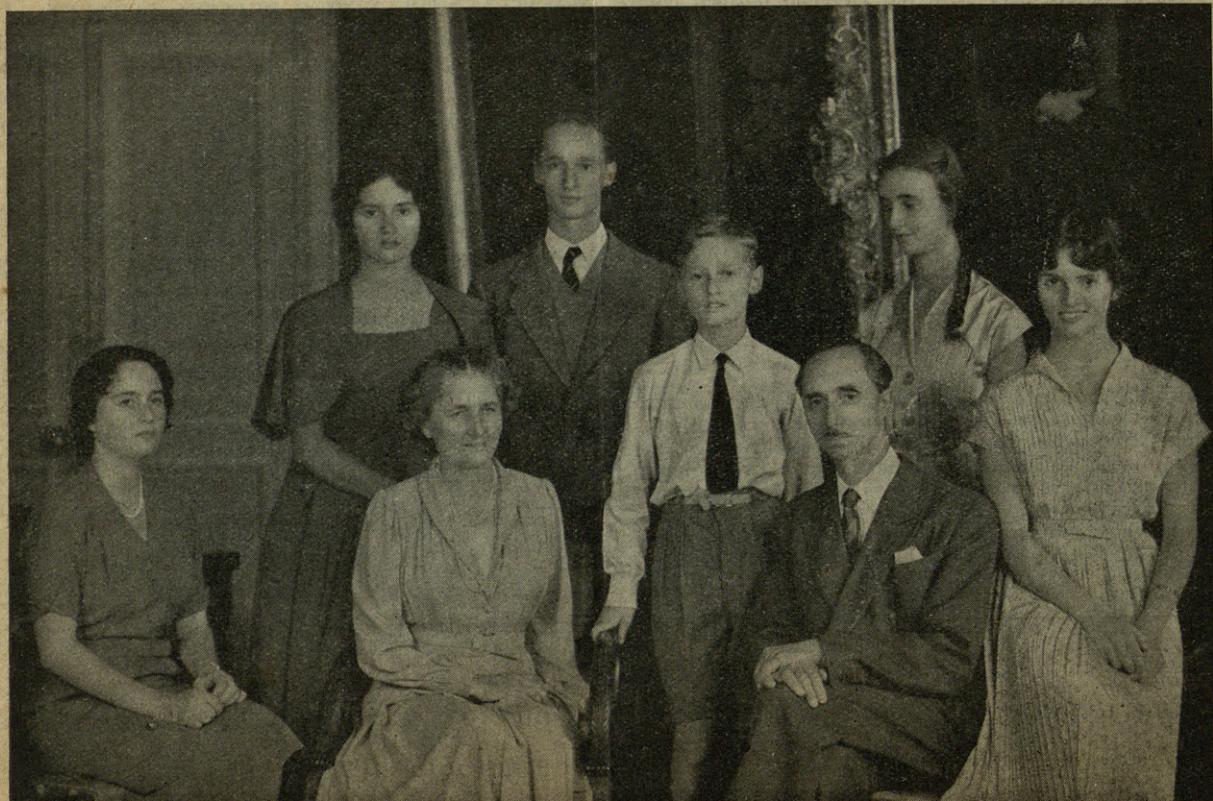
político de Don Carlos, quien por su fe religiosa fué ya desde aquella época como la encarnación viva de las ideas tradicionalistas.

Al morir Don Fernando VII (su hermano y rey), protestó solemnemente de que la corona pasase a su sobrina Doña Isabel. Con la denominación de Carlos V muchos elementos eclesiásticos, civiles y militares le aclamaron rey en distintos puntos de España, empezando entonces (1833) la guerra civil de los Siete Años, obteniendo diversas victorias, pero perdiendo al fin la gue-

rra, siendo la principal causa la conspiración internacional de las grandes Potencias liberales que culminó con la traición de Moroto.

Don Carlos V estuvo casado dos veces: la primera con Doña María Francisca de Braganza, y la segunda con Doña María Teresa (hermana de la primera) que llevaba el título de Princesa de Beira.

Don Carlos V falleció en Trieste el día 10 de Marzo de 1855, y a su memoria fué instituida por Don Carlos VII la fiesta de los Mártires de la Tradición, (5-XI-1895).



LA REAL FAMILIA